

*No llores, madre querida;
tú siempre sigues llorando.(bis)
¡Adiós, adiós!,
la tierra me está llamando.(bis)*

*Adiós mi padre y mi madre,
adiós también mis padrinos: (bis)
¡adiós, adiós!,
yo ya voy en el camino...(bis)*

“[En Aután, Nayarit, por 1935-1940] A los que morían jóvenes, a los niños, no se les llamaba difuntos, sino angelitos. A éstos se les llevaban mariachis en la noche y [al día siguiente] con música y cohetes se les acompañaba al panteón.

A ellos se les tendía en una mesa ‘alta’, nunca en camas; luego se les cubría de flores y se les cantaba una alegoría diferente [a El Alabado]: los Parabienes, cuyo contenido era entre triste y alegre, como una especie de plática dialogada entre el muertito y sus familiares; además de asegurar, por supuesto, que pronto estaría en el cielo y miraría por el bien de todos. Era un diálogo tranquilizador para los padres y familiares.

Durante el velorio de angelitos, sólo se repartía café negro y pan, principalmente. Así eran las costumbres... así era mi rancho...” (Gascón Mercado, 1974 [1957]: 67-69).

Esta pieza de Los Parabienes contrasta con la que se acostumbraba para despedir a los adultos que habían fallecido, pues para éstos se cantaba El Alabado, pieza que no incluía acompañamiento instrumental.